

31 de OCTUBRE de 2018

**T**ampoco hacía tanto tiempo que se había dedicado a inventar el amor.

Cerró la puerta de su contenedor de basura. Su casa, en muchas ocasiones, la había protegido de variedades climatológicas; pero también la desamparó otras tantas.

¿Qué tren coger? El primero, el del ascensor. Después, saldría a la calle decidida a empezar de nuevo. Ya en la puerta, miró hacia abajo, llevaba puestas sus deportivas rotas; hacia arriba y contempló la gigantesca cúpula de la iglesia que tenía enfrente. Era tan convexa como la andorga del monstruo.

Con una maleta y sin rumbo cierto, subió la larga cuesta de la calle Clara Campoamor. Así, se fue perdiendo difuminada en el horizonte urbano de la noche. La escena se asemejaba al desenlace liberador de un film con protagonista femenina. Algo moría y nacía en su interior. Volvería a ver amanecer, que no era poco. Hoy, lo es todo. Mas... ¿saldría en los noticiarios? No quiero hacer spoiler y destripar ya tu sorpresa literaria.

Aquel 31 de octubre, yo me enfundé el traje rojo de Mikel Jackson y ella el de la novia cadáver de Tim Burton ¡Qué guapa estaba Elsa!, le sentaban bien esos ojos de huevo frito con la puntilla requemada. El color negro, en el maquillaje, estaba cundiendo. Unas buenas ojeras de cera y otras tantas arrugas no podían faltar; las nuestras contrastaban con las suyas moradas, más naturales. Cumplíamos con el ritual que marca la celebración de esta moda americana que hemos hecho nuestra. La diversión estaba servida por las calles de esa ciudad que caminaba hacia el invierno. Íbamos de procesión, de casa en casa y de puerta en puerta con dos bolsas blancas del bazar donde habíamos comprado los disfraces.

- ¿Cuántos caramelos recogeríamos ?,¿más que en la cabalgata de Reyes?

- Menos.

A nadie nos amargan los dulces y amarga había sido la tarde en la puerta 6 del número 66, el antiguo número del diablo.

-¿Con quién y dónde pasaría ella las próximas fiestas navideñas?.....

No cogimos el ascensor, subimos por las escaleras entre carreras y risas. Tocamos el timbre de la puerta 1. Nadie abrió, era viernes. En la 2, la dueña se había abastecido de provisiones: nos esperaba y no se asustó al vernos. Es más, nos dedicó una sonrisa con una dentadura algo terrorífica como la noche. Dos puñados de dulces envueltos en papel plata multicolor nos encasquetó. Su vecino de enfrente, cinco palabras revestidas de una mala entonación que atravesaron su puerta cual fantasmas:” ¡Maldito Halloween! ¡No molesten más!” Sonaron como las del señor Scrooge, el viejo de Dickens en “Canción de Navidad”.

La puerta 6 se abrió. Elsa y yo pronunciamos las palabras mágicas: -“¿Truco o trato?” y aquella mujer, que tendría la misma edad que mi madre, en un batín más que lavado que no era su disfraz, nos miró con unos ojos bañados en lágrimas. El derecho estaba amoratado e hinchado como un huevo cocido de más. ¡Hay tantas formas de cocinarlos! A mí me gustan batidos y que queden líquidos en los duelos y quebrantos.

El pelo descuidado, canoso y húmedo le cubría el izquierdo. Un hilo de sangre brotaba de la comisura de sus gruesos labios. Entre las manos, temblaba su smartphone barato..... ¿Habría marcado el 016? Este número no deja huella. Ni truco, ni trato. Sinestesia sin narcóticos: aquello olía a maltrato, que no es un número de teléfono y sí que deja rastro.

Agatha